

Luis Barrantes Molina

El vagabundo tiene apenas catorce años. Duerme, como todas las noches, al amparo acogedor de un portal cualquiera. Julio Segura llega, al amanecer, a su casa. Despierta al muchacho. Le ofrece alojamiento menos incómodo. Una habitación. Un lecho. Calor. Cordialidad.

Del desconocido le relata algo de su vida. Corta en años. Amplia, muy amplia en vicisitudes. No sabe quiénes fueron sus padres. Acaba de huir de donde, con crueldad, lo castigaban a menudo.

Cuando, al día siguiente, los gallos se proponen quebrar los albores, el jovencito despierta con fiebre. Julio se compadece de él -que en realidad es una ella. Piensa que es el egoísmo de quienes se lo conocen la abundancia el que, un día y otro día, va engendrando, a lo largo de la vida, delincuentes.

Cree que lo espiritual, lo cristiano no puede olvidarse nunca de la miseria real de los hombres. Es preciso saturarse de valor para combatir, allí en donde se encuentren, la injusticia, la humillación y la esclavitud. Despojan al hombre de cuanto lo caracteriza como ser humano.

Conviene ahogar las injusticias sociales que han engendrado y engendran todavía tantos y tan diversos desvaríos en el espíritu de los desventurados.

Acepta un socialismo cristiano, de esos que saben ser constructivos. Se opone a todos los peligros que provoca la audacia de ciertas tendencias centralizadoras de carácter totalitario, de cualquiera de los sentidos que esa orientación se complazca preferir.

Julio se desespera como si fuese él una víctima, ante las hambres sin satisfacer; ante los rencores que ansían deshacerse en venganzas, durante mucho tiempo esperadas; frente a los insomnios en los que la imaginación finge realidades dolorosas.

¿Será cierto, como le dice la madre preocupada, será verdad que su buen corazón la engaña en todos los momentos?

Amelia, la huésped enferma, en su relato, revive quince días de desgarradora pesadilla: vendiendo diarios, haciendo de mozo de cordel después de haber sido empleada de una de tantas familias sin organización, pervertidas y pervertidoras.

Julio se siente tolstoiano. Acepta el amor hacia los demás como única ley de la vida. A su lado, Alberto, el falso agitador, el ingrato que solo sabe aprovecharse de ideales no suyos.

Pasan los días. Vemos a Julio exigiendo justicia para los trabajadores. Aumento de salarios ya que se acentúa la carestía de la existencia.

Llega la huelga. Amenazante ondea la bandera de las tempranas exigencias.

Julio no es de los que depositan fe alguna en la violencia. Así no se va hacia la paz, se llega a la igualdad. Así se ahondan las diferencias. Tales ideas no pueden satisfacer a los compañeros. Son los de Julio, líricos entusiasmos que no logran persuadir a los exaltados.

En medio de la descripción admirable de aquella lucha de hermanos contra hermanos, se desenvuelve el amor intenso de Amelia. Amor con celos injustos. Con vigilancia ingratas que la obligan a seguir al hombre de sus ilusiones.

En esa tarea, la suerte la detiene. Una bala, que iba dirigida a un corazón repleto de odio, hiere el suyo, que está saturado de un amor infinito.

Es esta la obra de un católico convencido.

Se respira fe, sencillez y naturalidad. Hay en ella un profundo anhelo religioso, una admirable preocupación de arte, un intenso espíritu de humanidad a toda prueba.